

DAME DE BEBER



Jesús se enteró de que los fariseos sabían que él estaba haciendo y bautizando más discípulos que Juan. Por eso se fue de Judea y volvió otra vez a Galilea. Como tenía que pasar por Samaria, llegó a un pueblo samaritano llamado Sicar, cerca del terreno que Jacob le había dado a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, fatigado del camino, se sentó junto al pozo. Era cerca del mediodía. Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida.

En eso llegó a sacar agua una mujer de Samaria, y Jesús le dijo:

—Dame un poco de agua.

Pero, como los judíos no usan nada en común^[c] con los samaritanos, la mujer le respondió:

—¿Cómo se te ocurre pedirme agua, si tú eres judío y yo soy samaritana?

Si supieras lo que Dios puede dar, y conocieras al que te está pidiendo agua — contestó Jesús—, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua que da vida.

Señor, ni siquiera tienes con qué sacar agua, y el pozo es muy hondo; ¿de dónde, pues, vas a sacar esa agua que da vida? ¹² ¿Acaso eres tú superior a nuestro padre Jacob, que nos dejó este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y su ganado?

Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed —respondió Jesús, pero el que beba del agua que yo le daré no volverá a tener sed jamás, sino que dentro de él esa agua se convertirá en un manantial del que brotará vida eterna.



Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni siga viniendo aquí a sacarla.

Jesús está sentado y cansado. La mujer se acerca y está de pie. A esta mujer extranjera Jesús la mira y le dice: “dame de beber”, que es otro modo de decirle: “necesito de ti”. Jesús se vuelve hacia esta mujer que tiene una imagen herida y culpabilizada, una imagen tal vez de nosotros mismos, que podemos decir: “ya

JUEVES SANTO

DAME DE BEBER

no valgo para nada”, para muy poco, porque ya no puedo hacer lo que hacía antes, “no voy por no estorbar”. Y Jesús le dice: “dame de tu agua”.

Jesús está tratando de hacernos comprender cómo acercarnos al pobre, al hermano que sentimos con mayor pobreza. No hay que acercarse desde arriba, con una generosidad de un poder: “yo puedo hacer algo por ti” y te lo puedo dar; sino hacer ver al otro que tiene algo valioso para nosotros... Jesús no le dice a esta mujer que tiene que cambiar su vida. Jesús quiere levantarla para ayudarla a encontrar confianza en ella misma. Porque el sufrimiento de la persona pobre sea



pobre económica o pobre en la fragilidad de su carne, es que ha perdido la confianza en sí misma. No sabe muy bien quien es. Siente que no quieren nada de ella, y ahí Jesús dice: “Yo te necesito”.

La experiencia nos muestra que mucha gente se encuentra en una forma latente de falta de confianza en sí misma y, se ha desconectado de la profundidad de su vida, de su fuente, no cree mucho en su capacidad de amar. La mayor parte del tiempo estamos en contacto con nuestras dificultades psicológicas y relacionales, incluso cuando creemos no tener tales dificultades.

Después de levantar a la mujer, después de haberle revelado el sentido profundo de su vida, que ella estaba llamada a ser fecunda si bebía el agua que Jesús le da, con mucha delicadeza va a tocar su herida: “Anda, busca a tu marido y vuelve”.

La mujer tiene una historia de relaciones trabadas; igual que nosotros, desea un amor sin condiciones, pero ella experimenta una y otra vez que ninguna presencia colma este anhelo. Hay una sola cosa que es importante para dejar a Jesús que nos levante, para descubrir nuestra fecundidad: ser verdaderos, no pretender escondernos, no vivir de ilusiones, al contrario, descubrir que, en mi pobreza, que reconozco con verdad, necesito a Jesús, y que soy amado con todo lo que está herido en mí. Ser capaces de agradecer a Jesús nuestras pobreza: él nos necesita precisamente así. “No quiere una mujer perfecta sino una mujer que ama”.

Timothy Radcliffe cuenta una anécdota sugerente: “Paseando junto a la costa, bombardearon unas gaviotas que lanzaban desde arriba los moluscos



DAME DE BEBER

que llevaban en el pico para romper su concha y picotear su parte más blanda. Algo así hace Dios en los tiempos de crisis: rompe la cáscara dura de nuestra suficiencia para llegar a nuestra parte más tierna, a lo más vulnerable de nuestras vidas. Cuando bebemos del agua que Jesús quiere darnos, del agua viva del manantial de su Corazón, entonces nos toman la ligereza y la vitalidad, experimentamos una vivencia de amplitud y libertad. Nuestra vida adquiere un sabor nuevo, el don que la habita se multiplica. Nos hacemos transparentes para algo más grande que nosotros mismos. De nosotros fluye no sólo el trabajo, sino la sensación de estar vivos. (Ungidas, D Alexandre)

OREMOS JUNTO AL POZO.

Contempla a Jesús cansado, fatigado... háblale también tus cansancios.

Jesús te pide de beber: ¿qué agua te piden este momento? ¿la confianza, la de dejarte hacer, la de perder miedos?

“Dame de beber... te necesito “. Mírale ahí y pídele que te haga descubrir a través de qué rostros te dice hoy que

necesita de ti. Escuchar como Jesús me pide y necesita de mí agua tal como la tengo. No necesita mis capacidades; me necesita a mí, quiere toda mi persona tal como está; no quiere mis cosas, me quiere a mí misma; no quiere mi hacer, quiere todo mi ser.

“El movimiento hacia nuestro pozo interior es una escuela de respeto por los pozos de los demás. Es una escuela de diálogos y de muchos intercambios, donde una se vuelve vulnerable necesitada de intercambiar nuestras aguas, degustarlas y de



hacerlas gustar, de mejorarlas en nosotros ayudándonos mutuamente. Vivimos en un tiempo de multiplicidad de recetas espirituales. Pero ninguna reemplaza la aventura de ir hacia el propio pozo. Allí no hay recetas; primero es el contacto con el misterio que somos nosotras en el silencio, en la intimidad. Tomemos el tiempo para intercambiar nuestras aguas. Abramos nuestros pozos unos a otros para intentar encontrar caminos de salvación y de comunión”.

(Ivonne Guevara)

